



Primera Catequesis de Pascua: Los orígenes del Cristianismo

En una sociedad democrática, estamos acostumbrados a que los acontecimientos tengan diversas lecturas. Por poner un ejemplo reciente: El Madrid-Barça del miércoles. Habrá quien diga que el Fútbol Club Barcelona, a pesar de haber dominado claramente durante la segunda mitad, perdió injustamente el encuentro en el último momento. Otros afirmarán, sin embargo, que el Real Madrid, recuperando el pundonor que caracterizó la primera parte, ganó merecidamente el partido en la prórroga.

La diversidad de interpretaciones forma parte del modo de ser de una sociedad pluralista, pero imaginemos –por seguir con nuestro ejemplo– que alguien dijera que la final de la Copa del Rey del año 2011 terminó con un empate a cero. A tal persona habría que indicarle amablemente que hubo un gol de Cristiano Ronaldo en el minuto 103 (golazo, por cierto).

Los cristianos deberíamos ser capaces, al menos, de decir este tipo de cosas. Cuando alguien afirma, por ejemplo, que Jesús no fue un personaje histórico, sino un mito inventado por los primeros cristianos, habrá que responderle que ningún historiador serio niega hoy que Jesús vivió en Palestina a inicios del siglo I y que murió crucificado siendo gobernador Poncio Pilato. O cuando a otro se le ocurre decir que la divinidad de Jesús no fue reconocida sus seguidores hasta el siglo IV, habría que informarle que en el año 50 d.C., San Pablo escribió estas palabras a los cristianos de Filipos: “Cristo Jesús, siendo de condición divina no consideró como presa codiciable el ser igual a Dios. Al contrario, se despojó de su grandeza, tomó la condición de esclavo y se hizo semejante a los hombres” (Flp 2,6-7).

El Evangelio continúa: Los Hecho de los Apóstoles

Es un dato de la Historia que Jesús anunció el Reino de Dios. Los cristianos creemos que este anuncio se cumplió. El Reino empezó a ser realidad a través del ministerio del Cristo. Su muerte no detuvo la expansión el Reino, bien al contrario, Jesús fue el grano de trigo que al morir dio mucho fruto (Jn 12,24). La semilla única de su persona se convirtió, después de la Resurrección y Pentecostés, en una multitud de creyentes que siguieron su obra.

La Buena Noticia continúa. Sólo que el protagonismo ha pasado ahora a los cristianos, animados por el Espíritu Santo. San Lucas fue consciente de esta continuidad, por eso, añadió una segunda parte a su Evangelio. Es el libro que llamamos *Hechos de los Apóstoles*, que

comienza así: “Ya traté en mi primer libro, querido Teófilo, de todo lo que Jesús hizo y enseñó desde el principio...” (1,1). [El primer libro al que se refiere es el Evangelio según San Lucas]. En esta “segunda parte” el evangelista narrará lo sucedido desde Pentecostés (año 30) hasta la llegada de San Pablo a Roma (finales de los años 50).

Durante los cincuenta días del Tiempo Pascual, proclamaremos en la liturgia estos relatos de los orígenes. Sería un buen compromiso de Pascua leerlo de corrido en casa. Hechos de los Apóstoles es de lectura fácil: Te engancha como una novela de aventuras.

La Iglesia es portadora de una bendición. Ella trasmite una corriente que proviene de la promesa hecha por Dios a Abrahán: “Yo haré de ti un gran pueblo, te bendeciré y haré famoso tu nombre, que será una bendición” (Gn 12,2). A través de Cristo, esa bendición dejó de ser propiedad exclusiva de un pueblo, pero la acción del Espíritu Santo tampoco se limita al interior de la Iglesia: “Sopla donde quiere y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va” (Jn 3,8).

Los cristianos hemos sido encargados por Jesús para formar una comunidad que sea signo del Reino que Él anunció. Cristo no escogió para esta tarea personas especialmente calificadas por su inteligencia o fortaleza moral. Ni lo hizo entonces, ni lo hace ahora.

“Pertener a la Iglesia lleva consigo aceptar la compañía de canallas, de gente belicosa, de farsantes, pederastas, asesinos, adúlteros, e hipócritas de todo tipo.

Ahora bien, en la Iglesia también estás siempre acompañado por los santos, y en ella te identificas con las personas más sublimes: gente llena de un espíritu heroico y de un alma tan bella como única.

La Iglesia sigue mostrando la misma imagen que nos ofreció ya desde el comienzo: en la crucifixión, Dios colgado entre delincuentes”.

(R. Rolheiser, *The Holy Longing*)

Fe es tu mano dar

En el sacramento del Bautismo, el sacerdote pregunta al comienzo de la celebración: “¿Qué pides a la Iglesia para *fulanito*?”. La respuesta es: “El Bautismo”. El antiguo ritual, anterior al Concilio Vaticano II, prescribía esta otra contestación: “Fidem” (La Fe).

Hoy insistimos, con razón, en la importancia de personalizar la fe. La fe no es religiosidad sociológica, ni puede ser heredada. Cada cual tiene que hacerla “suya”, pero no de una manera individualista: Nos apoyamos los unos en los otros.

La fe no consiste en aceptar verdades que están más allá de la razón humana. Creer conlleva afirmar ciertas ideas, pero estas no están en el centro de la fe.

La fe tampoco es una emoción o un sentimiento. Es verdad que las emociones religiosas están entre las más bellas que puede albergar el alma humana. Pero la fe no es un sentimiento.

Entonces, ¿qué es la fe? La fe es dejar que la relación con Dios te cambie la vida. Esta transformación acontece a través de las prácticas de amor paciente que realizamos en una comunidad animada por el Espíritu Santo, fundada por Jesús. El nombre que los cristianos damos a esta comunidad es *Iglesia*.

La Fe consiste en sumergirnos en una corriente de bendición, y aprender a nadar.

Esta mañana, antes de renovar las promesas del Bautismo, leímos el Sermón de la Montaña (Mt 5-7). Después de proclamar estas palabras radicales de Jesús, el lector debería advertir a los oyentes: “No tratéis de realizar estas instrucciones en la soledad de vuestras casas: Os podríais hacer daño. Son experimentos peligrosos que requieren del acompañamiento de la comunidad”.

“El Sermón no es una ética heroica. Es la constitución de un pueblo. No puedes vivir las exigencias del sermón por tu cuenta, pero se trata justamente de eso. Las exigencias del Sermón están diseñadas para hacernos depender de Dios y los unos de los otros” (S. Hauerwas, *Matthew*).

Solo en una comunidad fundada en el perdón mutuo, en la oración y el compartir, se puede intentar vivir según las directrices de este discurso.

El Sermón de la Montaña se abre con las Bienaventuranzas. Éstas no han de entenderse como caminos hacia la felicidad que deben ser recorridos individualmente. Más bien describen las “nuevas reglas” que rigen en la comunidad de los seguidores de Cristo.

Estas reglas son distintas a las que rigen en el Imperio. En esta nueva comunidad no cuenta el dinero que tengas en tu banco, lo que importa es reconocer tu propia pobreza y abrirte al compartir con los que no tienen ni lo imprescindible.

Entre estos extraños seguidores del Mesías, no dan “glamour” las fiestas con la gente guapa: Los que quieren estar a la última buscan la compañía de los enfermos, los que sufren, los que lloran, los excluidos.

Tener hambre y sed de justicia o trabajar por la paz son las profesiones más demandadas. Los extravagantes ciudadanos de este Reino no se esfuerzan por estar más delgados o más musculosos, se entrenan para tener más misericordia.

Tener un corazón limpio cuenta más que ser inteligente o divertido, pero los que realmente son admirados son los perseguidos por causa de la justicia. ¡Esos sí que marcan tendencia!

En la identidad cristiana, la ortodoxia está al servicio de la ortopraxis. Somos una comunidad que vive, a través de existencias marcadas por Cristo, una comunión con Dios, y trata de ser semilla de la fraternidad universal a la que convoca el Reino de Dios.

Es verdad. Pertenecer a la Iglesia es aceptar la compañía de canallas, pero también de gente que mola un montón: Francisco y Clara de Asís, Teresa de Ávila, Bartolomé de las Casas, Alfonso, Hno. Roger, Madre Teresa... Y los que están por llegar.

A continuación, vamos a proyectar un documental sobre los orígenes. Nuestra comunidad tiene casi 2000 años. Veamos cómo empezó todo.

La serie “Los orígenes del cristianismo”

Los orígenes del cristianismo es una serie documental en seis capítulos sobre los orígenes del cristianismo y la expansión de las primeras comunidades cristianas con imágenes de arqueología, narraciones históricas, entrevistas a expertos, visitas a los lugares principales y lectura de textos bíblicos.

Una obra de gran erudición en arqueología, historia y conocimientos bíblicos con textos muy cuidados y bellas imágenes. Un audiovisual catequético destinado a explicar el nacimiento de la Iglesia, tal como se narra en los Hechos de los Apóstoles.

El director, **Alberto Castellani**, ha realizado la serie con el apoyo de la Santa Sede y de la Conferencia Episcopal Italiana.

El primer DVD, titulado **Un ruido como de viento**, comienza con las horas posteriores a la crucifixión de Jesús y recrea el contexto histórico, ambiental y cultural de la Palestina de la época. Afronta, especialmente, el papel que ocupa la formación religiosa y que implica el aprendizaje de la lectura y escritura para los primeros cristianos. Analiza el contexto religioso en el que se inserta el ritmo judío: las oraciones, el significado del sábado o las principales fiestas del año litúrgico. Este capítulo nos ofrece también una visión de la evangelización tras Pentecostés y nos acerca a las figuras de Pedro, Marcos, Lucas, Mateo y Juan.

Esta serie es distribuida en España por Editorial San Pablo y puede adquirirse en librerías religiosas o a través de la web: <http://www.sanpablo.es/>